

— Un Bravo puede muy bien revestirse en la apariencia de esas virtudes. Pero perdemos inútilmente el tiempo. ¿Qué tienen que ver uno con otro esos Frontoni?

— Son padre é hijo, Serenísimo. Luego que Jacobo llegó á la edad en que pudo comprender toda la extension de la desgracia de su familia, importunó al Senado con súplicas en favor de su padre, hasta que al fin se abrió secretamente la puerta del calabozo para el piadoso hijo. Muy bien sé, gran principe, que los que gobiernan no pueden estar en todo, porque de ser así, nunca se cometiera tamaña injusticia; pero ello es que mucho antes de descubrirse la inocencia de Ricardo, pasó el infeliz bastantes años aprisionado, el invierno en un subterráneo frio y húmedo, y el estío en un cuarto ardiente

junto á las azoteas; y entonces, como en indemnizacion de sufrimientos tan poco merecidos, obtuvo el permiso de ver á Jacobo. Ofrecióse tambien á este la libertad de su padre siempre que se obligase á servir al Estado por cierto tiempo, bajo las condiciones que le hicieron los patricios, y que aceptó no obstante su repugnancia, todo para que su padre pudiese respirar un aire mas puro antes de su muerte.

— Hablas en enigmas, muchacha.

— No estoy acostumbrada á hablar con los grandes. A. Sma.; pero sí diré que por espacio de tres largos años entró Jacobo diariamente en el calabozo del anciano, y esto debió ser con permiso de los patricios, pues de otro modo no lo consintiera mi padre: solo yo le acompañaba cuando iba á cumplir con este deber de la piedad filial, y pongo por testigo á la bienaventurada

Virgen María y á todos los santos que....

— ¿Le conocias por un asesino?

— No, señor : siempre le tuve por un hijo sumiso, temeroso de Dios y muy amante de su padre. No, jamás espero sufrir mayor angustia que la que oprimió mi corazon cuando supe que aquel á quien tenia por el honrado Carlos era ese Jacobo tan odioso á todo Venecia... Pero esta angustia se ha desvanecido, y bendigo á la madre de Dios por ello.

— ¿Debias desposarte con él?

Ningunos colores sacó al rostro de Gelsomina esta pregunta : los vínculos que la ligaban á Jacobo eran entonces muy sagrados para ella, y así no dió la menor señal de la debilidad propia de su sexo.

— Sí, señor, respondió; nos uniremos

si Dios y los grandes senadores que tanto influyen en la dicha del pobre lo permiten.

— Y ahora que ya le conoces, ¿darias tu mano á un hombre como Jacobo?

— Por lo mismo que le conozco le respeto mas, poderoso Dux. Jacobo ha vendido al Estado su reputacion y su nombre para libertar á su aherrojado padre, y nada veo en su conducta que deba arredrar á quien le ama.

— Padre, fuerza será que me expliqueis este enigma : hállase sobrado exaltada la imaginacion de esta doncella, y confunde todo cuanto dice.

— Ilustre príncipe, contestó el religioso, quiere decir que consintió la República en que viese el hijo al padre durante su

cautiverio dándole esperanzas de concederle la libertad, bajo la condicion de que sirviese á la policia, prestándose á pasar en concepto de todos por un Bravo.

— ¿Es posible que esa fábula vaya apoyada en la palabra de un criminal...?

— Que tiene la muerte á la vista, interrumpióle el P. Anselmo. Principe, los que están acostumbrados á asistir en sus últimos momentos á los pecadores arrepentidos, poseen para descubrir la verdad mas oculta unos medios enteramente desconocidos á los otros hombres... Debe por lo mismo meditarse profundamente este asunto.

— Decís bien. ¿Se ha fijado la hora de la ejecucion?

— Mañana, señor.

— ¿Y el padre?

— Ha muerto.

— ¿En la prision?

— Sí, Dux de Venecia.

— ¿No ignorareis sin duda la muerte de un pescador de las lagunas llamado Antonio? preguntó el Dux al carmelita despues de un momento de silencio que guardaron todos los circunstantes.

— Sí, señor; y en nombre del Dios que nos oye, y de mi sagrado ministerio, afirmo que Jacobo es inocente de ese crimen. Yo confesé al anciano antes de su muerte.

Para ocultar su turbacion volvió el Dux la espalda al oír esta respuesta, porque empezaba á manifestarse la verdad á sus ojos. Miró en seguida al inquisidor presente; y sus miradas, que expresaban la compasion y la dulzura, fueron rechazadas

por la impasibilidad del consejero como la luz que reflejara la fria y tersa superficie del marmol.

— ¡Ah, Serenisimo! exclamó entonces Gelsomina con voz trémula.

— ¿Qué me quieres, hija mia?

— Hay un Dios para los que gobiernan la República, lo mismo que para el gondolero. V. A. puede evitar que el Estado cometa un gran crimen.

— Tu osadía es mucha, doncella.

— El inminente riesgo de Carlos me presta el necesario atrevimiento. El pueblo os ama; todos elogian á una voz vuestras bondades y el deseo que os anima de hacer bien al público; sois el gefe de una familia rica y venturosa: pero no es dado reputar por crimen el que un hijo lo

sacrifique todo por un padre. Sois nuestro príncipe, y asistenos por ello el derecho de implorar vuestra clemencia, empero yo solo invoco vuestra justicia.

— La justicia es la divisa de S. Marcos.

— ¡Ah señor! aquellos á quienes ha colmado de dones la Providencia ignoran cuan expuestos están á sufrir los desgraciados. Dios ha querido afligir á mi pobre madre con pesares que sufriera con disgusto á no mediar su resignacion religiosa: los cortos cuidados que he podido prodigarla, llamaron la atencion de Jacobo, porque el deber filial era lo que únicamente le ocupaba entonces. ¡Ah! si V. A. se dignase venir á ver al desgraciado Jacobo, ó mandarle traer á este aposento, creed que su sincera narracion desvaneceria cuantas calumnias se ha atrevido á propagar contra él la maledicencia.

— Es inútil, enteramente inútil, hija mía. Tu fe en su inocencia es mucho más elocuente de lo que pudieran serlo sus palabras.

Un rayo de alegría brilló al oír esto en el rostro de Gelsomina; y volviéndose vivamente al religioso que atento la escuchaba, dijo:

— Al fin nos oye S. A., padre mío; pueden muy bien asustarnos, pero nunca se descargará el golpe que hemos temido. ¿No es el Dios de Jacobo el mío y el vuestro? ¿No lo es también del Senado, del Dux, del Consejo y de la República? ¡Ah! cuanto hubiera celebrado que los que componen el Tribunal secreto de los Tres hubiesen visto como yo al pobre Jacobo cuando al volver fatigado de su trabajo entraba en el frío calabozo de invierno, ú en el aposento abrasado de estío, esforzándose á mostrar un semblante alegre y

sereno para no agravar más los dolores de un padre falsamente acusado! ¡O venerable y bondadoso príncipe! no sabéis cuán duro es el peso que lleva con frecuencia el débil sobre sus hombros, porque el sol de la prosperidad ha brillado siempre sobre vuestra cabeza; pero hay millares de personas que sufren....

— Eso no es nuevo, hija mía.

— Señor, solo trato de convencer á V. A. que no es Jacobo el monstruo que suponen. Ignoro las causas secretas que hayan movido al Senado á exigir de él que se prestase á una ficción que tan funesta le ha sido: pero ahora que todo se ha descubierta, nada debe temerse ya... Vamos, buen padre; dejemos solo al benéfico y sensible príncipe para que se entregue al reposo que le es tan necesario; y corramos á llevar el consuelo al desventurado

Jacobo, y á dar gracias á la gloriosa Virgen María por las señaladas mercedes que nos dispensa.

— Aguarda un instante, dijo el Dux vivamente conmovido.... ¿Es cierto cuanto acabas de decirme?... Padre, continuó dirigiéndose al religioso, ¿será esto posible?

— Todo lo que he dicho á V. A. me lo han inspirado la verdad y mi conciencia.

El Dux quedó pensativo por unos instantes, mirando alternativamente á la inmovil doncella y al consejero, que conservara siempre el mismo grado de impassibilidad.

— Ven, hija mia, exclamó al fin con voz trémula, ven á recibir mi bendicion.

Gelsomina corrió presurosa á postrarse á los pies del gefe del Estado, y nunca el P. Anselmo oró con tanto fervor como el anciano al dar su bendicion á la hija del carcelero. Levantóla en seguida con muestras de cariño, y mandóla por señas, así como al carmelita, que se retirasen. Gelsomina obedeció llena de júbilo, porque su corazon ansiaba por trasladarse al calabozo de Jacobo para comunicarle las lisonjeras esperanzas de que se hallaba poseida; pero el P. Anselmo permaneció unos instantes mas en el aposento, y volvió al salir la cabeza con la incertidumbre de una persona que sabe muy bien todo cuanto una mundana política sacrifica sin escrúpulo á los intereses de los privilegios del poder. Renació, sin embargo, su esperanza al ver que el anciano príncipe no pudiendo disimular por mas tiempo las sensaciones que experimentara, dirigióse hácia

su taciturno compañero con los brazos abiertos, los ojos llenos de lágrimas, y con todas las señales que anunciaban la emoción de un hombre que desea encontrar alivio en la simpatía de otro.

CAPITULO VIII.

.....

Al día siguiente entregáronse como siempre los Venecianos á sus ordinarias ocupaciones. Los agentes de la policía se mostraron mas solícitos que nunca en disponer el espíritu público; y al salir el sol del se-